

MARIO BENEDETTI: GRACIAS POR EL FUEGO: Montevideo, Editorial Alfa, Colección Carabela, 1965. 301 páginas.

*Gracias por el fuego* participó en 1963 en el concurso internacional *Biblioteca Breve*, de la Editorial Seix Barral. Pese a no haber obtenido el primer premio (ese año fue para *Los Albañiles*, de Vicente Leñero) quedó ubicada entre las novelas finalistas, lo que es de por sí un buen antecedente para estimular la atención del lector hacia el narrador uruguayo Mario Benedetti.

Ambientada su trama en Montevideo, *Gracias por el fuego* nos entrega otra visión del problema de nuestro tiempo: la radical incomunicabilidad del ser humano, rodeado éste por un mundo de apariencias que desfigura su ser y deforma la existencia de los valores tradicionales. Los hombres, según Ramón Budiño, narrador de la mayor parte de la novela, giran alrededor de sus propios centros, totalmente aislados los unos de los otros: "... así como yo giro alrededor de mi centro, y creo que el mundo empieza y acaba en mí, que todo existe en función de mis dudas, así también cada uno de esos pobres diablos cree que su drama es el Gran Drama, cuando en realidad a nadie le importa un carajo, así en la tierra como en el cielo" (pág. 220). De esta situación existencial nace la soledad como principal sentimiento del ser humano: "Y, por último, aquella noche en Nueva York, cuando llegué a Washington Square, y vi a las parejas que bailaban silenciosamente, con las radios a transistores colgando del pescuezo, siguiendo cada una un ritmo diferente, como si quisieran exhibir públicamente el provisorio enclaustramiento elegido, el falible, pasajero convencionalismo en que sus respectivos pares de soledades parecían coincidir, nosotros dos escuchamos la misma melodía, oímos el mismo mundo, desciframos las mismas palabras, nosotros dos y el resto que se pudra; y me sentí formando parte de ese resto, y por lo tanto en proceso de putrefacción; me sentí como destinatario universal de ese rechazo; me sentí asquerosamente solo" (pág. 250).

El largo monólogo interior de Ramón nos va familiarizando con personajes tan aislados y solitarios como él, pero ligados de un modo u otro a su existencia: su esposa Susana, cuyas relaciones conyugales han sido destruidas por la rutina; su hijo Gustavo, con quien tampoco existe unión: "Este es mi hijo. Se me escapó de las manos. No sé lo que piensa. No sé quién es verdaderamente" (pág. 233); su cuñada Dolly, de quien está secretamente enamorado y, por encima de todos, Edmundo Budiño, su padre, a cuyo alrededor gravitan todos los miembros de la familia, anulados por su avasalladora personalidad: "Nos ha absorbido a todos. Yo nunca fui Ramón Budiño, sino el hijo de Edmundo Budiño. Mi hijo nunca será Gustavo Budiño sino el nieto de Edmundo Budiño. Hasta el abuelo, en sus últimos años, fue tan sólo el padre de Edmundo Budiño" (44). Entre padre e hijo se ha destruido definitivamente la relación filial. La presencia paterna condiciona la existencia del hijo, tornándose

para éste en una *preocupación obsesiva* cuyo desaparecimiento se lograría sólo con el parricidio. Sin embargo, Ramón se nos presenta sumido en la mediocridad de la rutina y atemorizado por el miedo de perder las pequeñas satisfacciones que brinda la comodidad. No posee el valor suficiente, en principio, para alcanzar, gracias a la renuncia, una existencia auténtica, una situación definitiva en la vida. Está desacomodado en su mundo pero le falta la energía necesaria para escapar a su *condición indefinida*, inauténtica —propia, por lo demás, de otros varios personajes—: “Porque cuando pienso que mi vida es gris, tediosa y rutinaria, no se me escapa que la rutina incluye una serie de cosas insignificantes, pero agradables” (págs. 176-177). Por su parte, Edmundo, consciente de la problemática espiritual de hijo, *representa* ante él la comedia del hombre despreciable, como una forma de estimular su reacción: “A partir del momento en que aceptó mi plata para la agencia, todo se acabó. Cada vez me odiará más. Cada vez lo despreciaré más. Ahora, sólo podría salvarse si se decidiera de una vez por todas a acabar conmigo. En el momento en que me apuntara con un revólver, en el instante mismo del fogonazo, yo lo estaría queriendo y perdonando. Fíjate que ésa sería la salvación para los dos. Porque estoy aburrido de ser así, y hay días en que me siento desfallecer” (pág. 129).

He aquí la condición que identifica a los personajes: el *cansancio de ser*. Todos, de una u otra forma, están hastiados de sus modos de vida; quieren dejar de representar, abandonar la mascarada de sus existencias y ser verdaderamente lo que son y no lo que aparentan. Sin embargo, todos permanecen encadenados a las limitaciones de la rutina y el egoísmo, esperando la actuación liberadora de alguien que no sean ellos. Gloria Caselli, por ejemplo, ha entregado a Edmundo más de veinte años de su vida al cabo de los cuales siente nacer el momento del hastío: “. . . ¿vale la pena seguir siendo fiel a un hombre que no quiso ser marido y ya no es amante, y que, además, cuando era amante, la engañó cuantas veces pudo, y con cuantas mujeres se le antojó, desde la ninfa con inspiración y celulitis hasta la pituca con devocionario y morfina? Sin duda, no vale la pena” (págs. 125-126). Pese a todo, la mujer sigue fiel a su amante, dominada por el recuerdo de largos años de relaciones unilaterales en que ella entregó todo de sí sin obtener ni pedir nada a cambio.

Dolores, esposa de Hugo Budiño, representa el papel de la mujer enamorada del marido, pretendiendo ignorar que su corazón se orienta definitivamente hacia su cuñado Ramón. Ella también está sola, girando concéntricamente en su círculo, sin posible comunicación con nadie. No tiene hijos; su esposo no los quiere. Hugo es para ella “necio, grosero, limitado, hasta. . . malo a veces”. Reconoce que sería magnífico amar a Ramón, pero se resiste a atravesar el puente de la única comunión humana posible en su vida: “Entendeme, Ramón. Además, estoy segura de que debe ser fácil, facilísimo, enamorarse de vos. Pero yo no puedo. No es

prejuicio, ni mojigatería ni temor al qué dirán. Ni siquiera soy católica” (pág. 185).

Soledad, incomunicación, esfuerzos inútiles de supervivencia y diferenciación, la odiosa rutina de los actos una y otra vez repetidos a lo largo de los años, son los principales rasgos caracterizadores de la vacía existencia de los personajes. Para evadirse de ella hay sólo dos caminos de huida: el primer es la *tregua*, la fuga única e irrepetible que el destino coloca una sola vez al alcance de nuestras manos. Aprovechar esta oportunidad significa autenticar nuestra existencia, aunque a veces sea sólo por un breve lapso. Sin embargo, cuando este momento llega se desvanece bajo el peso de obstáculos colocados por los propios seres humanos, insatisfechos de que la tregua sea una y momentánea, o por el sino trágico de posibilidades desbaratadas: “Preferimos perderlo, dejarlo transcurrir sin hacer siquiera el razonable ademán de asirlo. Preferimos perderlo todo, antes de admitir que se trata de la única posibilidad y que esa posibilidad es un solo minuto y no una larga, impecable existencia” (pág. 231). La tregua de Ramón, por ejemplo, ha sido la posesión de Dolores, hecho al cual la mujer se ha prestado voluntariamente como un medio de escape para el hombre: “. . . Ramón; quiero que tengas un recuerdo creado por mí, algo a que puedas asirte; me resulta insoportable que hayas perdido a tu madre, que odies a tu padre, que te sientas lejos de Gustavo, que no puedas comunicarte con Susana y que de vez en cuando sueñes conmigo; creo que tenés derecho a sentirte, una vez por lo menos, al día con tus emociones, con tu vida: creo que tenés el derecho de sentirte pleno; . . .” (229).

Pero la tregua se destruye siempre por ser precisamente eso: una salvación temporal que cesa tarde o temprano. Ramón y Dolores pierden su oportunidad —el primero, de escapar a la presencia obsesiva del padre y la segunda, de comprender sus verdaderos sentimientos y aceptarlos— por la indecisión de la mujer que malogra la posibilidad de la verdadera unión: no se atreve a destruir su mundo inauténtico mediante la huida definitiva. Por su parte, la tregua de Gloria será grotescamente desfigurada por el destino: la posibilidad de evadirse de Edmundo ocurre cuando por primera y única vez se sintió atraída por otro hombre, sin saber que era un homosexual.

Hay, por lo tanto, otros elementos que permitirían conocer la realidad de la existencia: las *posibilidades*. Sin embargo, éstas siempre son desperdiciadas por el hombre o por el destino. Para Ramón, Dolly constituía la posibilidad de salvarse a sí mismo, y Gloria, la de conocer la realidad oculta de su padre: el verdadero rostro que Edmundo disfraza con la máscara. Pero sus mundos sólo se rozan en forma tangencial en una o dos ocasiones en las cuales permanecen mutuamente incomunicados. Además, ella nunca revelará sus relaciones secretas porque eso destruiría el rostro que su amante quiere presentar ante el mundo; sería para él una claudi-